SOPHIA



REVISTA TEOSÓFICA

ÓRGANO OFICIAL EN ESPAÑA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

FUNDADO POR D. FRANCISCO DE MONTOLIU Y DE TOGORES,

PRIMER PRESIDENTE DEL GRUPO ESPAÑOL DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA, INGENIERO, ABOGADO Y DIRECTOR DE LA ESCUELA DE PERITOS AGRÓNOMOS DE BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: MADRID, ATOCHA, 127, DUPLICADO, 3.º

BARCELONA, CENDRA, 30 Y 32

TOMO VI.—AÑO 1898

NÚMERO SUELTO	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	ESPAÑA Y PORTUGAL
0,50 pesetas.	**8 pesetas año.**	**5 pesetas año.**





REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

AÑO VI

ENTRÁMOS en el año sexto de nuestra publicación con el mismo ahínco, con el mismo entusiasmo con que comenzamos hace cinco años nuestra obra de propaganda teosófica. Somos fieles cooperadores de los Grandes Maestros de Compasión, y contribuímos á su tarea redentora, seguros de la eficacia de nuestros esfuerzos, aunque inconscientes del funcionamiento sordo de las corrientes que ponemos en movimiento. Ignoramos dónde están los espíritus que han de despertar al impulso de las ideas que lanzamos al espacio, pero estamos ciertos de que verificamos un llamamiento que, más tarde ó más temprano, ha de congregar á muchos. El Karma de nuestra nación es gravoso; quince siglos de luchas continuas, así políticas como religiosas, han saturado nuestra atmósfera de vapores de sangre que ofuscan la razón y embotan la inteligencia de nuestra raza; la intransigencia y el fanatismo, desarrollados por el choque de las creencias de tres religiones, que se compartían el suelo de la patria, han sido la herencia funesta de las generaciones que caen del lado de acá del siglo XV; y sesenta años de esfuerzos para despojarnos de las viciosas preocupaciones, no bastan para curar á un país de mal tan profundo y envejecido. Tenemos que esperar aún. Las costumbres modernas más suaves, los sentimientos más humanos harán su obra; lentamente abrirán brecha en el espíritu de secta, para dar paso á la idea de un Dios igualmente solícito por todos los seres que ha creado, y á la idea de una ver-

dad superior, igualmente comprensiva de todas las religiones positivas y de todas las formas de culto.

Este ideal vislumbrado por los filósofos, este ideal perseguido por los corazones generosos que en todas las edades han sacrificado sus vidas por la causa de la humanidad, este ideal buscado por el sincretismo de nuestros tiempos en una síntesis elevada de todas las creencias, como expresión suprema de la verdad religiosa universal, constituye la esencia de las doctrinas teosóficas. No es necesario, pues, que los celosos partidarios de tan noble tendencia gasten su tiempo ni consuman sus fuerzas en la investigación de esa síntesis de las verdades religiosas. La síntesis está hecha de antemano, ó mejor dicho: no como síntesis, sino como unidad fundamental, superior y anterior á todos los cultos, esa verdad esencial está escudriñada, formulada y difundida desde el principio de los tiempos, dando origen sucesivamente á todas las religiones exotéricas, conforme á la capacidad intelectual y demás circunstancias de las razas á que eran enseñadas.

Por otra parte, los principios fundamentales de la Religión de la Sabiduría (que así se llama la que profesa esta verdad esencial) son tan profundos y están á tal altura por encima de los dogmas con que se consideró oportuno formular las religiones positivas, que sería imposible llegar por el camino trazado por el sincretismo á una síntesis sólida, capaz de resistir por sí sola á los embates del materialismo en que se inspiran las ciencias contemporáneas.

En efecto; los investigadores de los asuntos religiosos han llegado á descubrir, por el estudio y comparación de los mitos de todas las religiones, que los principios ó verdades fundamentales son las mismas en todas ellas, si bien están revestidos con diferente ropaje; esto es, que las verdades religiosas se hallan expresadas por alegorías diferentes para cada raza. Entre estas alegorías ocupan lugar preferente las que tratan del Logos ó Verbo divino, emanación de la Divinidad oculta y desconocida, y designado, por esto, con el nombre de Hijo de Dios en los diversos credos. Y á tal punto se han encontrado idénticos los conceptos que todas las religiones aplican á esta entidad, que los investigadores de la Mitología comparada han puesto el nombre de leyenda universal del Logos á la doctrina corriente en todos los países y en todas las edades sobre un principio divino, manifiesto al mundo y encarnado en la humanidad.

No es este lugar aparente para analizar la vasta teoría religiosa del

Verbo manifestado. Basta decir que bajo los nombres de Chrisna, Budha, Mithras, Apolo, Horus, Quetsalcoal y Cristo presentan las religiones brahamínica, budhista, mazdeísta, greco-romana, egipcia, mejicana y cristiana la vida y hechos de un ser divino, venido al mundo para librar la humanidad de la muerte, nacido de una madre virgen, y sujeto á todo género de sacrificios para realizar su obra redentora. Todos los detalles de las diversas narraciones y los símbolos que con ellos están relacionados, coinciden de tal modo, que no ha podido caber duda acerca de la comunidad de su origen. En su consecuencia, se ha procurado hallar el fundamento de esta vieja tradición, que desde un solo foco debió de irradiar sobre todos los países. Los unos expusieron la teoría de que se trataba de verdades filosóficas, religiosas y morales, ó de hechos históricos presentados en forma alegórica, que, andando el tiempo, se vino á entender de un modo literal. Los otros sostuvieron la creencia de que los dioses y los héroes son meras personificaciones del Sol. Los dioses y diosas de nuestros antepasados — dicen éstos — representaban el sol, la luna, las estrellas, el cielo, la tierra, el mar, la aurora, las nubes, el viento, etc., á quienes aquéllos personificaban y rendían culto. Según la escuela de intérpretes mitológicos — Max Müller entre ellos — la historia de Jesucristo y de los demás redentores, comparados con el Sol, demuestra que se trata de este astro, verdadero Salvador de la humanidad. Todas las leyendas del Logos, sean cuales fuesen las religiones á que se refieren, colocan el nacimiento del redentor en la madrugada del 25 de Diciembre. Este es el día del nacimiento del Sol. Habiendo entrado por completo en el solsticio de invierno en este día, el *Signo de Virgo* (*La Virgen*) se alza en el horizonte por Oriente. Por esto se representaba este signo del Zodiaco por una mujer que al principio llevaba espigas de trigo, y más tarde al recién nacido en sus brazos. El nacimiento de los redentores de una virgen, es emblema del nacimiento del Sol, que únicamente puede nacer de una virgen que concibió sin comercio carnal, y permanece virgen después del parto. Esta virgen es ya la Aurora, ya la obscura Tierra, ya la Noche. En los himnos védicos Aditi — *La Aurora* — es llamada *la madre de los dioses*. Es madre de terribles, poderosos, reales hijos. Se dice de ella que también ha dado nacimiento al Sol. «Como el Sol y todas las *deidades solares* se levantan del Oriente» — dice el profesor Max Müller — «podemos comprender cómo Aditi (la Aurora) vino á llamarse madre de los Brillantes Dioses.»

Estas breves indicaciones, entresacadas de los estudios de los intér-

pretes solares, son suficientes para demostrar la corriente materialista porque se dejan llevar, y la dificultad ó casi impotencia del sincretismo espiritualista para contrastarla. Sí: positivamente los dogmas y enseñanzas religiosas tienen un origen común; podemos establecer una síntesis religiosa y remontarnos á una religión primitiva, única y fundamental, matriz universal de todas las creencias sagradas que nos presenta la historia. Mas esta religión primitiva — dice la escuela de los mitólogos — está basada en una colección de verdades astronómicas y de principios meteorológicos que la piedad y las aspiraciones ideales de los tiempos posteriores convirtieron en principios espirituales y de un orden metafísico. El hombre primitivo sintió y vió en el Sol el elemento más poderoso de la Naturaleza; él es el dispensador de la vida y el dador de la muerte; á su influjo todo nace, crece, se desarrolla y perece. El movimiento incesante de la vitalidad emanada del astro prepotente, produce las series infinitas de los seres que viven en la superficie de la tierra; él es la fuerza y el poder: él es, por tanto, el Ser por excelencia. Ante esta abrumadora realidad, el hombre se encontró pequeño, se sintió esclavo de aquel ser omnipotente, y lloroso y gimiente se prosternó para adorarle, y le llamó Dios. A partir de este día, las verdades astronómicas se convirtieron en mitos religiosos; nacieron los cultos, se alteraron los nombres con las transformaciones de los lenguajes y las emigraciones de los pueblos, se diversificaron las creencias con las distancias de tiempo y espacio, se crearon los sacerdocios dominadores y los templos altivos; la piedad y el sentimiento de la pequeñez humana hicieron resonar sus bóvedas con cantos conmovedores dirigidos á seres invisibles, envueltos en la luz que por todas partes allá en los cielos se difunde, y así, de grado en grado y de transformación en transformación, la mente creadora del hombre convirtió todas las fuerzas ocultas tras de la lumbre de los astros, en espíritus vivos y efectivos que cruzan las alturas y rinden pleito homenaje á un ser supremo, que ya desprendido del Sol por la imaginación popular, llena los espacios y domina el Universo.

¿Y qué tienen que contestar á esta teoría transformista de los intérpretes solares las escuelas espiritualistas de todas clases? ¿Se colocarán en sus puntos de vista exclusivos? Pues si son cristianos, por ejemplo, y se mantienen dentro del criterio exclusivo de sus propias creencias, ¿qué tienen que responder á esa identidad de los dogmas de todas las religiones, tan investigada y demostrada que ya no queda lugar á duda? ¿Qué

dirán del dogma del Salvador, nacido de una madre virgen con los nombres de Chrisna ó de Mithras, de Horus ó de Quetsalcoal en la India y en la Persia, en Egipto y en América, muchos cientos de años antes que reinaran en Roma Augusto y Tiberio, y que Jesús apareciera en Judea? ¿Negarán la universalidad y la fecha prehistórica de la leyenda del Logos? Esto sería negar la verdad que nos suministran multitud de documentos incontrastables, antiguos y modernos, ofrecidos por la arqueología y la literatura de los tiempos pasados, y por las creencias vivas de millones de seres que hoy pueblan la tierra y que profesan los dogmas seculares de sus religiones respectivas, mucho más antiguas que el cristianismo; documentos más numerosos é inatacables, y creencias más firmes y estantes que los que exhibe la cristiandad para demostrar su prosapia. Negar la fidelidad de tales antecedentes, sería condenarse á sí mismo á la negación de todo el sistema probatorio en que funda su propia historia.

¿Acudirá el cristianismo, por el contrario, al expediente seguido por los sacerdotes españoles que, al tiempo de la conquista de América, admirados de encontrar allí creencias y ritos semejantes á los de la religión que profesaban, tales como un redentor del género humano, comunidades religiosas de ambos sexos, el bautismo, la confesión, la comunión, etcétera, etc., atribuyeron á Satanás la enseñanza de estas doctrinas, con el ánimo de hacer simulacros del verdadero culto? ¿Supondrán á Satanás desde el principio del mundo versado en todo lo que un día había de ser el cristianismo, y ocupado en difundirlo por todo el orbe antes que su verdadero autor lo propagase? ¿Qué se propondría con esto el príncipe de las tinieblas? ¿Sembrar las semillas del bien? Entonces su obra era redentora; su papel no era de demonio, sino de salvador. ¿Se proponía dificultar la obra del redentor verdadero, anticipándosele? ¿Cómo? si lo que hacía era preparar su camino, acostumbrando á los hombres á verdades que un día debían tener su completo desarrollo? ¿Fué su propósito, por el contrario, suscitar la incredulidad, para que los hombres desconociesen al Salvador divino, con el pretexto de que ya había venido? Pues el resultado fué tan contraproducente que, según nos cuenta la historia eclesiástica, el pueblo al cual fué el cristianismo predicado, lejos de rechazar á Jesús, porque el verdadero Cristo había venido, le negó porque todavía no había llegado la hora de su venida. El Mesías prometido está aún por venir para este pueblo. Satanás, á pesar de su tradicional astucia, estuvo tan poco avisado, que llevó su treta precisamente á los países adonde no

había de predicarse el cristianismo en muchos siglos. En los dominios del Imperio romano, la leyenda del Logos era patrimonio de muy pocos escogidos (y entre paréntesis: ¡estos pocos fueron en verdad los que la llevaron al cristianismo!); el vulgo greco-romano, y más tarde los bárbaros ignoraban por completo, ó no se daban cuenta de tan elevada creencia, para oponerla á la nueva doctrina.

Inútiles serían todas las posiciones que adoptase el cristianismo para contrastar la universalidad de la leyenda del Logos, desde su punto de vista exclusivo; como serían inútiles esfuerzos semejantes por parte de otro culto cualquiera. La leyenda del Logos se impone, y al sincretismo espiritualista le toca salir á la palestra para luchar contra la tendencia materialista de los intérpretes del mito solar.

Mas aquí comienzan las dificultades para lo que queda de ideal en la cultura moderna. Salvar la espiritualidad de la leyenda del Logos, es cosa poco menos que imposible para quien desconozca su origen. El conocimiento profundo de los sistemas filosóficos de Grecia, de las doctrinas de los gnósticos y de las enseñanzas de la escuela de Alejandría, podría ayudar los esfuerzos de los que se propusiesen aquel fin; pero así y todo, los resultados serían incompletos. Las doctrinas y enseñanzas mencionadas son sólo fragmentos de la ciencia arcaica que guarda los secretos de la Naturaleza, así en la esfera espiritual como en la física, y á ella hay que acudir para descifrar el enigma. Afortunadamente esa ciencia se difunde entre nosotros por mandamiento de los Maestros que la conservan. Esa ciencia es la Teosofía. Ella da la razón al espíritu sintético religioso de algunos pensadores de nuestro siglo, determina la unidad de todas las creencias, y deja á salvo la espiritualidad de la leyenda del Logos, lanzando de sus trincheras á los defensores del mito solar.

La humanidad naciente adoró en efecto al Sol, pero fué porque hubo Alguien, superior á ella, que la enseñara este culto meramente externo, por considerarla incapaz de elevarse al conocimiento del Ser excelso que el Sol reviste, y que es el que verdaderamente da vida y fecunda así á la tierra como á todo el sistema planetario. Max Müller y los demás orientalistas, conocen los himnos védicos y las creencias exotéricas de todas las religiones. Fáltales, sin embargo, el conocimiento de la Doctrina Secreta, que es la clave de aquellos himnos y de todas las creencias y libros sagrados. Con este conocimiento hubieran comprendido que *la Aurora* ó Aditi no se refiere al amanecer del día, sino al amanecer de un MANVÁNTARA, ó

sea la vuelta de la Naturaleza á la vida, después de un inmenso período de reposo, cuando surgen *los dioses*, lo mismo que los soles.

Chrisna no es el Sol físico, el astro del día, como suponen los mitólogos; Chrisna es el Logos, emanado del Absoluto por el intermedio de Aditi, que es la substancia divina, el noumeno de la materia, la cual, al producir el Logos, dió con él origen á todos los soles y sistemas siderales que llenan el espacio, siendo todos estos únicamente el reflejo, en el plano físico, del Logos, que, como inmediata emanación divina, sólo se da en el plano mental. Cada estrella — que, como es sabido, es un sol alrededor del cual gira un sistema planetario — es la envoltura física, y por decirlo así, el cuerpo material de un Logos particular, de uno de los infinitos Logos que constituyen la inmensa jerarquía del Logos Universal, los cuales se han revestido de materia para animar y fecundar sus respectivos sistemas planetarios, donde verifican su evolución las especies infinitas en que se reparte la vida del Universo. De aquí la relación íntima que existe entre el Logos, espíritu, y los soles, materia; relación de dependencia de los segundos del primero; relación de alma y cuerpo; relación que ha podido engañar á los intérpretes solares, hasta el punto de confundir al artista con el instrumento de que se sirve para llevar á cabo su obra.

Chrisna, Indra, Agni, Varuna y tantos otros (nombres todos con que se designa al Logos) representan Dioses que han salido de Aditi inmediamente, y mediante ellos, el sol, las estrellas, los planetas y todo el universo físico, que es la exteriorización del Logos, ó en otros términos, su creación. El Logos se encarna, por tanto, en la creación física, que es su propio desdoblamiento; y en último término, se encarna en el hombre. (Este es el *verbo encarnado* del que San Juan dice que habitó entre nosotros.) Por esto enseñan los libros sagrados de la India, que este dios, hijo de Aditi, es el hombre y la mujer; por esto llaman á Agni con frecuencia «hijo del hombre.» ¿Qué sentido tendrían estos conceptos aplicados al Sol? ¿Acaso puede decirse que el Sol es el hombre? ¿Que el Sol es hijo del hombre? ¿Dónde estaría el fundamento de tal imagen poética? Por el contrario, aplicados dichos conceptos el Logos, son perfectamente exactos. En efecto; la divinidad ha descendido á la materia, ha encarnado en la especie humana. El universo físico está constituído por los diversos grados del proceso evolutivo llevado á cabo por el Logos para exhibirse como hombre, para manifestarse en la carne. Esta es la clave de todos los mitos religiosos.

Mucho más podríamos añadir para encaminar al sincretismo en busca de la verdadera síntesis religiosa á que aspira; pero con lo dicho basta para convencer á sus nobles adeptos, de que en los estudios teosóficos, y sólo en los estudios teosóficos, hallarán el medio de lograr una religión firme y valedera. ¡Quiera Dios que este escrito llegue á manos de alguno de ellos, y que un rayo de luz penetre en su cerebro!

LA REDACCIÓN



GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

GÉNESIS DE LAS CANTIDADES DE LA NATURALEZA

GEOMÉTRICAMENTE, todas las formas, así las regulares como las irregulares, son posibles. Mecánicamente, sólo son posibles las figuras equilibradas, los unos pitagóricos, las especies de los naturalistas, esto es, las figuras regulares y por regulares, perfectas.

La geometría es el caos de todas las cosas extensas posibles, la Idea platónica de todas las cosas posibles, así perfectas como imperfectas.

La mecánica es el conjunto de todas las cosas perfectas posibles, la perfección dentro de la geometría, la geometría perfecta, la unidad de la geometría, el primer *uno* científico desde el punto de vista pitagórico, la *Idea* de todas las cosas perfectas extensas, desde el punto de vista platónico, la geometría elevada á las alturas de la belleza.

La geometría es el conjunto de todas las combinaciones posibles con las cantidades extensas.

La mecánica es la selección darwiniana de las combinaciones regulares equilibradas y perfectas, esto es, de las unidades de cada clase de cantidad, de los *unos* pitagóricos, entre la innumerable dualidad de las cosas imperfectas, irregulares y desequilibradas.

Recíprocamente, ó lo que es lo mismo, simétricamente, la geometría metafísica, es el conjunto de todas las combinaciones posibles con las cantidades inextensas é independientes del tiempo.

La mecánica metafísica es la selección darwiniana dentro de la geometría metafísica; la separación, la elección de las cosas perfectas, del caos

de las imperfectas, la idea platónica del *Bien*, la serie evolutiva de los *unos* pitagóricos, inextensos, correspondiente, término á término á la serie evolutiva de los *unos* pitagóricos extensos, esto es, los objetos que nos muestra la naturaleza.

Supongamos que todas las formas de la naturaleza, conservando la proporcionalidad de las líneas y de las superficies que las constituyen, disminuyen de volumen indefinidamente, hasta confundirse todas con el punto matemático inextenso, cero común de todas las cantidades extensas, que potencialmente las contiene á todas.

Supongamos la vida de todas las formas de la naturaleza, abreviando el ritmo musical que caracteriza á cada una hasta confundirse todas las vidas en el instante indivisible del tiempo, cero común de todas las cantidades biológicas, que potencialmente las contiene á todas.

Hagamos coincidir el cero del espacio y el cero del tiempo en el cero común de todas las cantidades de la naturaleza, esto es, en el centro de figura y de gravedad del universo, alrededor del cual giran soles, planetas y nebulosas; este cero, este punto inextenso, esta nada incomprensible para los materialistas, contiene dentro de sí, completamente separado del mundo ó fuera del mundo, el infinito de las cantidades inextensas é intemporales.

Para materializar esta hipótesis y colocarnos en el principio de la génesis de las formas, representemos á la naturaleza por una de las obras más maravillosas del hombre, por un reloj en movimiento.

Parémosle; ya están inmóviles las manecillas, las ruedas y el resorte que las movía; el tiempo que tiene para nosotros existencia indudable, ya no existe para el reloj. El reloj ha dejado de vivir, para convertirse en idea materializada, cristalizada tan sólo en el espacio, sin vida. De cosa mecánica ha pasado á ser cosa puramente geométrica.

Quitémosle el espacio como le hemos quitado el tiempo; disminuyamos su tamaño indefinidamente, conservando siempre la proporcionalidad geométrica de sus partes componentes; de esta suerte concebiremos una serie inacabable de relojes infinitamente pequeños, hasta que al llegar al tamaño cero, el reloj que ha muerto, que ha desaparecido como cantidad extensa y viva, como Mónada, sigue viviendo como cantidad leibniziana inextensa, como *Idea* platónica, como *Número* pitagórico, como *Noumeno* kantiano, como *Arquetipo* escolástico.

Al considerar el punto matemático inextenso é inmóvil, cero común

del espacio y del tiempo, nos colocamos en el principio de la génesis de todos los relojes posibles, de todas las cosas de la naturaleza, combinaciones del tiempo y del espacio.

Para que de esta nada del espacio y del tiempo surja algo nuevo, es preciso que se combine consigo misma, que se mueva.

¿Por qué se ha movido y se está moviendo el punto matemático? ¿Por qué el mundo, conjunto de todas las combinaciones posibles del punto matemático consigo mismo, existe?

A esta pregunta contesta cada sistema filosófico con una hipótesis diferente. El criterio pitagórico no admite duda alguna; afirma con absoluta seguridad que las hipótesis posibles, como cantidades de pensamiento que son, en tal concepto son infinitas en número; que son dobles, esto es, simétricas, conjugadas, de sexualidad contraria (ormuzd y ahriman) (ying y yang), etc., etc.; y afirma, por último, que sólo hay una hipótesis única, la del *primer uno*, que es la más perfecta de todas las hipótesis posibles, por ser única, por no tener pareja; todas las hipótesis filosóficas posibles son dobles, son reversibles, ofrecen un punto de vista simétrico y opuesto; la hipótesis del primer uno es única, no tiene pareja; la hipótesis de una perfección absoluta manifestada por un amor infinito y por una voluntad omnipotente, es el verdadero *non plus ultra*, no hay otra hipótesis más alta; ¿es la solución única, la solución sin pareja? Luego es la más perfecta, la única posible y verdadera.

Si todas las ideas viven por sí mismas y tienen existencia propia é independiente; si la selección darwiniana se verifica en el mundo de lo racional, la idea de una perfección absoluta, de un Dios omnipotente, debe triunfar y prevalecer sobre todas las demás.

El *primer uno* de Pitágoras, aparte de todo simbolismo es la expresión matemática de el Dios de Santo Tomás, y del devenir de Hegel; *primer uno* = *cero*, es la ecuación de la perfección absoluta. Todos los demás criterios filosóficos son aspectos parciales, incompletos y confusos de la verdad.

Lo que hace falta es restablecer la enseñanza esotérica de Pitágoras, dar al idealismo pitagórico su profundo sentido geométrico y matemático, que Platón reservó, sin duda, para su enseñanza oral, ó desconoció en la parte esencial, que Aristóteles relegó al olvido, y que los escolásticos menospreciaron ó ignoraron.

El criterio pitagórico de la unidad, como equivalente de perfección

absoluta ó relativa, como combinación única, sin pareja, en medio de infinitas combinaciones dobles menos perfectas, arroja una luz extraordinaria sobre cuantos asuntos examinemos.

Veamos á esta luz la génesis de las formas. Alrededor del punto inextenso, todas las formas extensas posibles son dobles, simétricas ó conjugadas. El punto matemático es un límite de esta infinita dualidad, es una forma *única*, es una unidad, un *uno* pitagórico, término en acto de todas las cantidades inextensas, y potencia ó principio de las extensas.

Puesto en movimiento el punto matemático por obra de una voluntad omnipotente, según el criterio tomista, ó por leyes matemáticas necesarias, según el criterio pitagórico, podrá moverse de infinitos modos, dobles ó simétricos, y de uno especialísimo que no tendrá pareja. Este modo único de moverse será el más perfecto de todos, será, por consiguiente, el que existirá en la naturaleza.

Ya hemos visto que la línea recta es la perfección absoluta del movimiento de un punto á otra posición del mismo punto. El infinito de esta perfección absoluta de la línea recta, será una serie de combinaciones y de formas dobles, cuyo límite será una forma única, una perfección absoluta de orden superior.

Pues bien; si el punto matemático al moverse (saliendose de sí mismo y reproduciéndose sin perder nada de su esencia, como si los nuevos puntos matemáticos engendrados fuesen antorchas encendidas en un fuego central inextinguible), se mueve en línea recta simultáneamente de todos los modos posibles, engendra la esfera de un radio determinado, forma de perfección absoluta, al lado de la cual la línea recta es una perfección relativa.

La esfera es la forma geométrica de la pluralidad, el conjunto integral ó síntesis de la serie de los números enteros.

En vez de decir una línea recta, dos líneas rectas, tres líneas rectas, cuatro, cinco, seis. . . . . hasta el infinito, todas las posibles de la misma longitud y nacidas del mismo cero ó punto central; en vez de expresar esta pluralidad de la manera vaga con que la concibe nuestra inteligencia, la naturaleza la expresa por modo elocuente y perfecto diciendo: esfera, átomo, espacio.

Toda pluralidad es representable con exactitud por una esfera. El centro es el cero de la cantidad, la nada que por el hecho de moverse se reproduce y se convierte en algo.

El radio es la línea recta, la perfección absoluta, la forma única más perfecta de combinación del cero consigo mismo, la unidad. La esfera es la pluralidad del infinito, una unidad de orden superior.

Por esto, sin duda, toda multitud, toda muchedumbre de cosas tiende á la forma esférica globular. Por esto el huevo es símbolo exacto de la génesis de todas las cosas.

El punto matemático convirtiéndose en esfera por la combinación consigo mismo de todos los infinitos modos perfectos posibles, es, por consiguiente, la primer forma perfecta de la naturaleza, más perfecta que la línea recta.

Sobre la perfección absoluta de la esfera de radio finito, hay una perfección absoluta de orden superior, la del punto, convirtiéndose en esfera de radio sin cesar creciente, ó sea en el conjunto de todas las infinitas esferas posibles, es decir, en el infinito espacio.

Esta perfección absoluta del punto matemático convirtiéndose en esfera-espacio, no es la última ó superior perfección absoluta, no es un *uno* pitagórico, puesto que tiene pareja, puesto que puede existir la forma simétrica opuesta y contraria del espacio convirtiéndose en punto matemático, esto es, en esfera de radio decreciente hasta llegar á cero.

La forma perfecta *única* y superior á todas, la perfección absoluta del movimiento del punto matemático, será algo intermedio, equidistante entre ambos modos de movimiento, la síntesis resultante de coexistir simultáneamente el movimiento del punto convirtiéndose en infinito espacio, y el movimiento del espacio convirtiéndose en punto matemático. Este movimiento, este ritmo doble incesante, opuesto y simultáneo, semejante, como ya observaron los pitagóricos, á la respiración del cuerpo humano, es el átomo, es el primer *uno* de las cantidades geométricas y mecánicas extensas, una unidad, una combinación *única*, sin pareja, una perfección absoluta superior á las perfecciones absolutas á ella subordinadas, y con relación á ella perfecciones relativas, del infinito espacio, de la esfera de radio finito, de la línea recta y del cero ó punto matemático.

¿El átomo, así entendido, es la combinación más perfecta posible del punto matemático en movimiento consigo mismo?

¿Es combinación única, que no tiene pareja? ¿Es una unidad, es un *uno?* Pues esa combinación existe, es la única que existe, sin género alguno de duda; esa combinación es la forma primera elemental de la naturaleza, la primera trinidad de las formas extensas.



Acostumbramos á considerar el átomo como un infinitamente pequeño ó como cero, y en rigor debemos mirarle como siendo simultáneamente tres cosas: la nada del punto, el infinito del espacio y la copulación ó combinación de ambas cosas.

El átomo es una forma hijo que contiene los caracteres de la forma madre ó punto matemático, los caracteres de la forma padre ó espacio, y además otros nuevos que antes no existían.

Para comprender bien el átomo, no debemos mirarle por uno solo de sus tres aspectos, sino hipostáticamente, simultáneamente, como cero, como unidad y como infinito; hay que mirarle como una personalidad cualquiera, trina y una al mismo tiempo, como un hombre cualquiera, por ejemplo, Antonio López García, el cual Antonio es un *uno* pitagórico que no se puede confundir con ningún otro *uno* de la naturaleza, y al mismo tiempo es una forma trina, puesto que en ella existen la forma padre López, la forma madre García, y la nueva forma hijo creada por la combinación de ambas, con caracteres nuevos que antes no existían. El nombre y los dos apellidos son la definición hipostática de la trinidad de formas que cada persona, cada objeto de la naturaleza, cada *uno* pitagórico, contiene dentro de sí.

Al decir átomo, sobreentendemos y omitimos sus dos apellidos: *espacio* y *punto.*

No deberemos, pues, olvidar nunca, que cada uno de los átomos que forman un mineral, un vegetal, un animal ó un hombre, es un centro de vibraciones incesantes, principio de una ondulación interminable que traspasa los límites de nuestro planeta, y los confines del universo revelado por el telescopio, é invade el infinito espacio; y que al propio tiempo cada átomo está en comunicación constante con todos los átomos del universo, cuyas ondulaciones recibe.

Estas ondulaciones nos son bien conocidas en sus formas calorífica, luminosa, eléctrica ó magnética; en su forma espacial ó etérea y en su forma psíquica, están envueltas en profundo misterio, diga lo que quiera la vanidad de los sabios que proclaman que ya no hay misterios.

El problema de la *contigüidad*, al parecer insoluble, depende de que confundimos ó no acertamos á separar dos cosas contrarias: el reposo y el movimiento.

Somos unos viajeros en perpetuo movimiento, tan suave, que llega á hacer perfecta la ilusión del viajero del ferrocarril, cuyos ojos le dicen: «tú estás quieto, esos árboles, esos postes del telégrafo, aquellas casas, se mueven.»

Lo mismo les acontece á los ojos de nuestro entendimiento. Una mano hace girar rápidamente una cuerda que tiene en su cabo una luz, un cuerpo en ignición; los ojos de nuestra cara ven un círculo luminoso, ven la continuidad, esto es, el movimiento con las apariencias del reposo; los ojos de nuestro entendimiento ven un solo punto luminoso, y rechazan la engañosa apariencia del círculo; pero en aquellos casos en que no ven la mano ni la cuerda, ni se percatan del aceleradísimo movimiento, sufren el mismo error que los ojos de la cara, y afirman que hay volúmenes y superficies y líneas, cuando en rigor no hay más que puntos matemáticos en movimiento, combinaciones del espacio consigo mismo, puras apariencias, ideas impalpables que por el hecho de moverse parecen cosas extensas y macizas.

La contigüidad es una mera apariencia, es la nada que al moverse parece algo, es el punto matemático que al moverse de todos los infinitos modos posibles, engendra todas las cosas de la naturaleza, que á un tiempo mismo son apariencias y son realidades, porque son manifestaciones hipostáticas del reposo y del movimiento, y por consiguiente, del *ser* y del *no ser*.

La divisibilidad indefinida de la materia es incomprensible mientras nos obstinemos en ver contradicción entre el punto matemático en reposo y el punto matemático en movimiento.

El espacio es esta aparente contradicción realizada, es un *uno* pitagórico, es una unidad en que se juntan y confunden dos términos opuestos y contrarios: el reposo y el movimiento.

El espacio, y juntamente con él todas las formas de la naturaleza, son un círculo aparente luminoso; en realidad, no hay más que un solo punto en ignición: el primer átomo, el primer *uno*.

El principio de contradicción es el gran error que hay que desvanecer, es la Bastilla condenada á desaparecer por la revolución filosófica del siglo xx. Es preciso convencerse de que todas las cosas *son* y *no son* al

mismo tiempo, esto es, de que simultáneamente son cero, son infinito y son unidad.

Como en el movimiento rítmico del átomo, la expansión debe preceder forzosamente á la contracción, ó sea, en el movimiento respiratorio del átomo, la expiración es necesariamente anterior á la inspiración, puesto que para ser posible que una esfera disminuya de volumen hasta confundirse con su centro, es preciso que antes el punto centro se haya convertido en esfera; síguese de aquí que entre la expiración y la inspiración, hay siempre una diferencia á favor de la expiración, es decir, que la fuerza ó energía creada al convertirse el punto céntrico del universo en esfera espacio, aumenta sin cesar constantemente. Dicho de otro modo, al encontrarse la ondulación engendrada por el punto, al convertirse en esfera, con la ondulación en sentido inverso de la esfera, al convertirse en centro, este choque se verificará en una determinada superficie esférica cuyos infinitos puntos son otros tantos átomos nacidos á imagen y semejanza del primero, del cual se alejarán cada vez más á virtud del incesante impulso expiratorio engendrador en cada instante del tiempo de una nueva oleada de átomos, en número infinito, porque el infinito de la cantidad está perpetuamente saliendo de la nada.

Estas innumerables legiones de átomos formarán alrededor del primer átomo central una inmensa primera nebulosa de la cual se irán desgajando ó separando nebulosas parciales, á medida que las combinaciones de los átomos entre sí vayan siendo más complejas. Se desprenderán primero de la nebulosa central, del fuego pitagórico central del universo, las nebulosas parciales en las que los átomos se hayan unido dos á dos formando aristas; de cada una de éstas nebulosas parciales se desprenderán otras en que las aristas se combinen dos á dos formando tetraedros regulares; sucesivamente aparecerán otras nebulosas parciales, cada vez más diferenciadas, compuestas primero de combinaciones de dos tetraedros, y por consiguiente, de grupos de átomos dispuestos en forma de cubos y de octaedros; después de combinaciones de cinco tetraedros, y por lo tanto de dodecaedros y de icosaedros; y finalmente, por las combinaciones regulares de los cinco poliedros regulares irán apareciendo en las nebulosas los cuerpos simples, al mismo tiempo que cada nuevo cuerpo más complejo producido, sirve de núcleo á la pluralidad ó muchedumbre de los cuerpos simples más sencillos, y á virtud de este incesante trabajo de diferenciación de lo menos complejo á lo más complejo, de lo menos per-

fecto á lo más perfecto, se inician dentro de las nebulosas todas las formas estelares y planetarias posibles.

Esta hipótesis no es reversible, no es doble, no es una forma geométrica que puede tener pareja; por consiguiente, según el criterio pitagórico, es cierta, porque es una combinación única: es un *uno*.

(Se continuará.) Arturo SORIA y MATA.

SUEÑOS

La mente funciona en varios planos, y no tenemos conciencia de todas sus actividades. Lo que aportamos del país de los sueños es, por regla general, una mezcolanza confusa, pero sin embargo, á veces nuestras experiencias en ese estado son tan claras como las de nuestro estado de vigilia, y muchos han recibido de este modo avisos, ó han sido instruídos ó consolados. Apolonio dice: «En los sueños de la mañana, los dioses hablan á los hombres.»

Algunas de nuestras impresiones durante el sueño, pueden ser influencias fugaces de otras mentes; algunas también una mera continuación de las experiencias del día, ó vislumbres sin hilación del plano astral; pero hay otras que parecen ser revelaciones de nuestra memoria subconsciente, desplegando ante nuestra asombrada vista trozos de los anales de alguna existencia pasada; y por este medio aprendemos lecciones de sabiduría inolvidables.

Un artículo de Leslie Munay, que apareció en *Modern Astrology*, hace algún tiempo, es un ejemplo de la última clase, que publicamos á continuación con el debido permiso:

«Era una noche sofocante de Agosto. Durante el día había hecho un calor anormal, y no corría un soplo de aire. En una alcoba espaciosa y lujosamente amueblada en el West End de Londres, hallábase una señora de unos cuarenta y cinco años, sentada á la cabecera de la cama donde yacía un niño.

Fuera, la paja que había en la calle, contaba claramente al transeunte la triste historia, pues se hallaba extendida en una capa muy espesa para amortiguar el ruido del tráfico. Miraba ella ansiosamente el niño, con el rostro contraído por el sufrimiento, su corazón rebosando angustia: sen-

tía que el ángel de la muerte se hallaba próximo á arrebatarle el ser amado.

Los labios del niño estaban abrasados y entreabiertos; presa de la fiebre, había empeorado rápidamente, y parecía próxi no á su fin. Mirábale la señora, con las manos cruzadas y dejando correr gruesas lágrimas por sus mejillas. Internamente murmuraba: «¡Oh, Dios mío! tengo que perderle, mi hijo único, mi niño querido, el último de todos los que en vano he tratado de criar y alimentar! ¿Por qué tengo hijos para perderlos? ¿Si después de todo no hubiese Dios, si no hubiese más que un demonio burlón que se complace en dar tortura al corazón de las madres, creando el amor sólo para destruir al amado? ¿Qué he hecho yo para sufrir de este modo? ¿Por qué se me castiga así? ¿Qué significa todo esto?

En este momento entró su esposo en la habitación y preguntó en voz baja: «Lucy, ¿cómo está el niño? Movió ella lentamente la cabeza. «No está mejor, Carlos; y dice el doctor que esta noche será la decisiva.» Sus lágrimas caían entonces como la lluvia: el dolor la ahogaba.

Su esposo se acercó y contempló tristemente al enfermito, y luego, apoyando suavemente la mano sobre el hombro de su esposa, «Lucy», dijo: «Todo lo que el saber humano ha podido hacer se ha hecho. Sé valiente; mientras hay vida hay esperanza. Voy á enviarte la nodriza; baja ahora conmigo y trata de tomar algo.»

— No puedo comer — replicó.

— Voy á mandarte alguna cosa con la nodriza, Lucy; y si me amas, lo tomarás. Acuérdate que tienes toda la noche ante ti.

Poco después entró la nodriza y murmuró tiernamente algunas palabras de consuelo á la desolada mujer. Sin embargo, la madre seguía sentada contemplando aquella pequeña cara tan querida, sintiendo que pronto podría serle arrebatada. Poco después su ansiedad, el cansancio y el pesar se sobrepusieron, y durante algunos momentos pareció dormir, inconsciente de su desgracia.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando con un brusco movimiento Mrs. Escombe volvió en sí. Al mirar el reloj, se sorprendió al ver que sólo había dormido un cuarto de hora escaso. Se levantó sin hacer ruido, y dijo á la nodriza: «Tomad mi sitio un momento; voy á la otra habitación á hablar con Mr. Escombe. Si el niño se despierta, avisadme en seguida.»

. . . .

Al abrirse la puerta, Mr. Escombe se levantó y salió á su encuentro. «¿Lucy, no vendrás á decirme que el niño se.....?»

— No, amigo mío — replicó prontamente su esposa — pero me ha pasado algo muy singular. Podrías creer que me he vuelto loca. No se lo que vas á pensar, pero tengo que referirte lo que me ha sucedido.

Ansiosamente examinó él su cara. ¿Se había vuelto loca á causa de la prolongada vigilia? ¿Estaría su razón perturbada? No; la cara, aunque pálida y llena de ansiedad, tenía una mirada de esperanza y de paz de que antes carecía por completo.

— Nuestro hijo vivirá — dijo ella — pero deja que me explique. He soñado ó tenido una visión, no se lo que es, ¿cómo te la describiré?

— Me pareció que repentinamente había pasado á un mundo donde todo era brillante, todas las cosas transparentes como el cristal. Se podía ver todo alrededor y dentro de los objetos á la vez. Oí una voz que me hablaba, pero no como nosotros nos hablamos.

— Vuestro grito de angustia ha penetrado aquí. ¡Aprended! Dios es Dios de amor, pero hay también una gran ley que se llama Justicia; y ahora mirad y haceos cargo del por qué habéis experimentado este sufrimiento, pues estad segura que nadie se burla de la Justicia. Lo que quiera que se siembra eso mismo se recoge. Y entonces pareció que pasaba ante mí un cuadro real, vívido, como si fuera de la vida, y yo estaba en él, no como tú me conoces, Carlos, sino como una mujer de otro país, de otra raza, de otra nacionalidad. Yo estaba allí, ama de una casa, madre de una familia, y entre mis hijos había otro de un pariente, un extraño. Era el hijo de mi primo, un hermoso muchacho de la edad de los nuestros; pero yo estaba celosa y avergonzada de él.

A medida que crecía, me pareció que este sentimiento también crecía, hasta que llegué á odiarle y desear que se marchara, pues era más hermoso y más inteligente que mis propios hijos; y cuando alguien reparaba en su hermosura, me parecía que me oía decir: «¡Oh! es sólo un pobre pariente, ¿sabe usted?: el hijo de mi primo; hubiera muerto de hambre si yo no lo hubiese recogido; muchos lo hubieran abandonado, pero mis sentimientos no me permitían tal conducta». Finalmente, las cosas llegaron al punto de no querer yo que se sentara á la mesa con los demás, y comía con los criados, mientras que las ropas desechadas de mis hijos eran suficientemente buenas para el pariente pobre. Mis celos aumentaron de tal modo, que me decidí á mandarlo fuera de casa, y así lo hice; lo puse en

un colegio económico, donde contrajo unas calenturas y murió, y me hice cargo, más aún, sentí la negrura de mi corazón, porque me alegré de verme libre de él.

Y entonces dijo una voz: «Ese hijo por quien tanto lloráis, el heredero de vuestros bienes, el niño por cuya salvación daríais vuestra vida, es *ese mismo pariente pobre*. Según habéis sembrado, así tenéis que recoger. No hay causa sin efecto, como tampoco efecto sin causa.»

Entonces me pareció sentir que imploraba, «¿no hay, pues, remedio?» Y la voz habló de nuevo: «¡Sí! Porque en esta vida habéis vuelto á tener una oportunidad de arrepentiros del pasado, y cuando vuestros pequeñuelos morían, uno después de otro, marchitos como las yemas en los vástagos, recogisteis un pobre huérfano, cuyos padres habían muerto poco después de él nacer. Ese mismo huérfano que habéis adoptado, convertido hoy en doctor y cirujano, ha anulado las causas que pusisteis en acción la última vez. Vuestro hijo vivirá, y ese mismo joven será el agente que lo salve. No hay demonio tentador y torturador de vuestro corazón de madre. Sufrís por vosotros mismos; pues sabed que todos los hombres sufren por su culpa. Todo es Justicia. Volved á la tierra. El grito de vuestro corazón queda contestado. Acordáos de lo que habéis visto.» Y desperté bruscamente, Carlos, y encontré que sólo había transcurrido un breve cuarto de hora, y que, sin embargo, había vivido un siglo, según contamos el tiempo.

La vehemencia de su esposa impresionó al marido, que siempre había tenido inclinación hacia las verdades más profundas de la vida, y era un pensador en asuntos metafísicos. Lucy — dijo — eso fué algo más que un sueño. Eduardo Cassells llegará á casa esta noche. Últimamente se han hecho muchos descubrimientos. ¿Sabes tú *cómo* salvará al niño?

— No — replicó ella; — esa parte no se me mostró.

En este momento se oyeron pasos de alguien que subía precipitadamente las escaleras, y un joven penetró en la habitación, con el polvo del camino aún en sus vestidos.

— Tía, tío — exclamó — he viajado noche y día para llegar á tiempo. ¿Cómo está el pequeño Walter? He venido á salvarle. He visto en un sueño el medio de curarlo.

Los ojos de ambos esposos se encontraron, sus corazones estaban demasiado llenos para hablar. En nuestros momentos de mayor emoción no hay palabras.

. . . .

—¿Este es, pues, el niño que estuvisteis á punto de perder de una fiebre?—preguntó un visitante á Mrs. Escombe algunas semanas después.

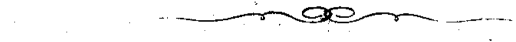
La madre atrajo á sí tiernamente al niño, y sus ojos brillaron con un sentimiento reprimido.

—Sí—dijo.—¡No lo hubierais creído al verle ahora!

—¡Qué médico tan hábil es!—nombrando un especialista que había asistido á Mrs. Escombe.—¿El lo sacó adelante?

—No—dijo Mrs. Escombe tranquilamente.—Le parecerá á usted muy extraño, pero mi hijo fué salvado por un sueño.

(Del *Theosophist*).



DON FLORENCIO POL EN MONFORTE

Durante más de mes y medio tuvimos la satisfacción de tener entre nosotros á uno de los teosofistas que más merecen el nombre de tal, á D. Florencio Pol, que vino á esta corte expresamente á visitarnos y á estrechar aún más los lazos que nos unen. Nuestro querido hermano, dotado de un poder curativo que por regla general sólo se posee por merecimientos kármicos, y excepcionalmente por el desarrollo en la senda del ocultismo, hace muchos años que viene dedicando su tan poderosa cuan envidiable facultad al alivio de la humanidad doliente, como saben muy bien cuantos conocen ó han oído hablar de este meritísimo miembro de la Sociedad Teosófica. A su regreso á Órdenes, donde reside, aunque muy resentido aún de un fuerte ataque de influenza, tuvo que detenerse en Monforte accediendo á los deseos de numerosos amigos.

En *El Eco de Lemos*, de Monforte, leemos lo siguiente:

«De vuelta de su viaje, y de paso para la Villa de Órdenes, donde radica su casa, se ha detenido en esta ciudad, y se encuentra entre nosotros desde anteayer, el reputado magnetizador D. Florencio Pol, cediendo á instancias de varios enfermos que deseaban someterse á su tratamiento.

»La noticia de su estancia aquí cundió rápidamente, originando extraordinaria aglomeración de enfermos en el local que eligió como gabinete de consulta, contándose entre éstos buen número de forasteros que hoy se han duplicado.

»El Sr. Pol no se ha permitido un momento de reposo desde su llegada, solicitado, como es constantemente, para visitar á muchos enfermos en sus

domicilios, y su celo infatigable y su filantropía revelan al hombre que ha hecho abnegación de sí mismo en bien de sus semejantes.»

De una carta de Monfort extractamos los siguientes párrafos:

«En la estación le esperaban las principales personas de la población y varios amigos curados en años anteriores por el Sr. Pol, entre ellos el alcalde, y porción de enfermos que se fueron multiplicando en el trayecto hasta interrumpir el paso.

»La noticia de su llegada cundió rápidamente: funcionó el telégrafo á Orense y otros puntos, y vióse aumentada considerablemente la población de Monforte. Los enfermos acudían á centenares, contándose por miles las botellas que tuvo que magnetizar. Tomaban por asalto la casa en que casualmente se hallara nuestro amigo, pues para complacer á los que se le disputaban no comió dos veces en la misma casa, y quiera que no, tenía que dedicarles todo su tiempo sin un momento de reposo.

Finalmente, designó el alcalde la sala del Ayuntamiento, que puede contener muchos centenares de personas, y no cupiendo los enfermos, extendíanse por los corredores de un gran patio cuadrangular, amenazando derribar las puertas para lograr entrada en aquel salón atestado de gente, que presenciaba la magnetización de las botellas en actitud religiosa. Una vez magnetizadas las botellas, como era imposible la magnetización regular de tanta gente, nuestro amigo tuvo que concretarse á pasar por entre la multitud con las manos extendidas sobre los pacientes. Entre éstos había un tullido, empleado que fué de la estación, y que llamó la atención del Sr. Pol por la gran fe que revelaba en su actitud; detúvose un instante á su lado, ordenó que le dejaran sólo, lo levantó poniéndolo de pie, y le mandó que anduviera, lo cual ejecutó, quedando de tal modo curado, que luego le hemos visto ir por su pie á la estación con su mujer. La impresión de tan asombrosa cura resultó contraproducente á nuestro amigo, porque todos querían que les impusiese á cada uno las manos. Por último, no bastará decir que no le dejaron un momento de reposo, y á punto estuvo de perder el tren, pues en el mismo andén se vió obligado á seguir operando hasta el último momento.

Finalmente, copiamos de la *Voz de Galicia*, de la Coruña, la nota cómica:

«El magnetizador D. Florencio Pol corrió el riesgo, durante su estancia en Monforte, de que su indumentaria sufriera una modifición que no hubiera sido muy de su agrado.

»Parece ser que unos paisanos se le acercaron provistos de tigeras, con el deliberado propósito de cercenarle los faldones del gabán para repartirlos en fragmentos que se proponían conservar como reliquias ó amuletos milagrosos, acción que logró evitar el Sr. Pol.»

Nuestro querido hermano llegó á Órdenes extenuado de cansancio y muy debilitado, á causa, sobre todo, del mal estado de salud, resultado del ataque de influenza de que aún sufría cuando marchó. Deseamos al abnegado altruista un rápido restablecimiento, á la par que le enviamos nuestro más cariñoso saludo.

VARIEDADES HISTÓRICAS[1]

POR **FILADELFO** (M. S. T.)

(EVOLUCIÓN DE LOS ISRAELITAS)

(CONCLUSIÓN)

Hemos expuesto en nuestros anteriores artículos los hechos tales como *son*, y bosquejado someramente lo que, á nuestro juicio, *debe* ser: el alma judía estrechamente ligada al pasado, al alma de los antecesores, á las costumbres y libros legados por la tradición.

Un problema étnico viene á complicar el problema religioso.

Doble es la tarea del filósofo: observar la *realidad* y *convertirla en un ideal*. No ha de limitarse á consignar los hechos; precísale *crear* haciendo las veces de demiurgo.

Permítasenos una comparación: Existen en las entrañas de la tierra capas sobrepuestas unas á otras, así como en el interior de un árbol obsérvanse anillos concéntricos.

Una psicología sagaz y penetrante también descubre en el alma humana, en el alma social, estados sobrepuestos, supervivencias que, puestas en contacto con las ideas nuevas, producen choques, conflictos, asperezas y sufrimientos. El presente y el pasado chocan entre sí: no deben aniquilarse, sino fundirse uno en otro.

¿Cómo operar esa fusión? ¿La reconciliación de las razas? ¿De los cristianos, judíos y orientales? Hermanos enemigos son cristianos y judíos; una misma prole nacida de antepasados comunes, prole cuyo común origen háse borrado de su memoria. De *hecho*, su mentalidad es la misma, idéntica su idea del pecado, como idéntico igualmente á veces su violento fanatismo.

(1) Escrito en francés especialmente para Sophía. — *N. de la R.*

Respecto al Panteón hay divergencia: aquí el «Jehovah», solitario y cruel, que castiga los pecados hasta la milésima generación; allá, la Trinidad, Dios Padre con su séquito de satélites é innumerables ramificaciones. (Santos y vírgenes, bienaventurados y ángeles.)

Purifiquemos esa noción de la Divinidad. Adaptémosla bien sea á los progresos del espíritu humano actual, ó bien á las altas concepciones ya elaboradas por los pensadores de todas las épocas (remontándonos hasta una antigüedad bastante lejana).

En el siglo pasado, un francés, Dupuis, emprendió esa labor. *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky es superior á la obra de aquél, *Bosquejo sobre el origen de todos los cultos*; abundan en ella datos valiosísimos y aclaraciones preciosas; inspirada por un espíritu ardiente y vivificador, siempre podrá consultarse con fruto.

En efecto; lo que separa á los hombres en general, es más bien una serie de *hábitos cristalizados* que dominan su espíritu é influyen en sus conducta, que no las *voliciones* diversas y los *pensamientos* divergentes.

Por el hecho de pertenecer á tal ó cual grupo, nos imaginamos ser muy distintos de nuestros semejantes. Es un error, pues casi siempre sólo se trata de *disidencias en la forma.*

Judíos y cristianos, aprended á conoceros. Purificad vuestros respectivos cultos, practicad la tolerancia, esforzáos en analizar con precisión vuestras creencias.

γνωθι σεαυτον. — Debe ser cierto, no sólo respecto al individuo, sino respecto al grupo social, pequeño ó grande, lejano ó cercano. Derribad el régimen de la injuria, de la violencia, de la incomprensibilidad. Observad lo que ocurre en las iglesias, sinagogas y oratorios, y tratad de comprender. Analizad á la luz de la razón vuestras ceremonias, vuestras fiestas, vuestras alegrías y penas; concurrid mutuamente á una *obra de vida*, no de muerte. A la Europa cristiana, ocupada ya en resolver tantos problemas, bástela llevar esa obra á buen término.

Para descubrir las claves de los mitos, de los símbolos y las huellas de su diversidad y diferenciación, preciso es el estudio de la India, de la Persia, de la Caldea y del Egipto; habremos de remontarnos hasta aquellos remotos períodos.

Aprender, comprender, saber. *Vere scire, etc., per causas scire.*

La cuestión social está á la orden del día; no sólo es una cuestión económica, sino *moral.* No son tan sólo los hombres números, entidades vacías, sino también personas.

Para dilucidar en lo posible ese problema, preciso es, ante todo, resolver lo que se llama «la cuestión religiosa,» discutir las pretensiones y soluciones teológicas, considerar (á pesar de las opiniones opuestas), el judeo cristianismo como una cuestión única y no separada.

Perseverarán los hombres de edad madura en sus errores. No permi-

te, por cierto, la organización eclesiástica, exteriormente muy sólida, abrigar hiperbólicas esperanzas; pero siquiera es necesario dar el grito de alarma, despertar las conciencias adormecidas, señalar el nuevo horizonte, trabajar en la obra de pacificación con la esperanza de que no será nuestra voz *¡clamantis in deserto!* ¡Reflexionen los jóvenes y todos aquellos que por el estudio y la meditación conservan su espíritu sano y vigoroso!

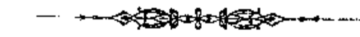
La educación en común, *en su sentido más lato*, los matrimonios mixtos, las relaciones personales, la aproximación de los individuos en la vida diaria, he aquí el camino hacia el fin perseguido, ó sea el término de las disputas medio evales. Conviene ensanchar, desarrollar lo que yace en germen en las costumbres.

Bastante que hacer tiene la Humanidad sin devorarse mutuamente los hombres por cuestiones de *religión* y de *raza*, que al fin y al cabo, bien miradas, ya no les apasionan mucho hoy día.

¡Actitudes y nada más que ya no engañan á nadie, ni siquiera á aquellos que las toman! Nos hemos propuesto con este estudio verter alguna luz sobre cuestiones muy antiguas, y señalar una noble tarea á los hombres de buena voluntad. ¡Ojalá no resulte del todo estéril nuestro esfuerzo!

Inapreciable sería nuestra recompensa si este trabajo logra estimular el celo de unas cuantas almas verdaderamente cristianas y reflexivas, ansiosas de conquistar su paraíso en esta tierra.

FILADELFO.



REVISTA DE LA PRENSA

Constancia, de Buenos Aires: sigue acercándose cada vez más á la verdadera doctrina, y entre los trabajos de sus últimos números podemos citar: «El fin de un ciclo y el comienzo de otro» (traducido de nuestro colega teosófico *Le Lotus Bleu*), y los eruditos y concienzudos estudios sobre las doctrinas gnósticas de D. Manuel Navarro Murillo.

Hemos recibido también: *A Luz*, *El Aviso*, *El Correo Católico*, *El Francolí*, *El Eco de Guadalope*, *La Voz de Sitges*, *La Unión Republicana*, *Aurora do Cavado*, *La Provincia*, *El Profesorado*, *El Porvenir*, *La Luce*, *El Motín*, *Asociación Rural*, *Revista del Ateneo Obrero*, *La Juventud Hondureña*, *La Escuela Práctica*, *Los Dominicales*, *O Fin de Século* (nueva revista de propaganda «en favor del socialismo, cosmopolitismo y espiritismo», que se publica en el Brasil), *La Opinión Astigitana*, *El Auxiliar*, *El Socialista*, *El Mortero*, *El Fénix*, *El Africa*, *El Adalid Martinense*, *La Antorcha Valentina*, *Vitalidade*, *Archivos de Ginecopatía*, *Boletín Musical*, *La Campana del Mattino*, *Occidente dos Açorês*, *The New Century*, *Il Vesillo Spiritista*, *Revista de Primera Enseñanza*, *El Heraldo*, *Lo Judicial y lo Justiciable*, *La Tempestad*, *El Trabajo Nacional*, *La Unión Espiritista*, *La República* y *El Tiempo* (diarios de Caracas) y *The Venezuelan Herald*.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.